

volvía toda ojos y toda manos, á fin de ayudar en sus preparativos á la señora y á sus hijas. Mistress Needle acumulaba principalmente un tesoro de biblias, á fin de que ni á la familia ni á la servidumbre faltase el pasto espiritual.

Decía la señora:—Vamos á pasar el invierno en Florencia.—No revelaba enteramente su plan; porque si bien había verdaderamente resuelto pasar tres meses ó cuatro en la ciudad de las flores, tenía puesta mira en algún punto intermedio, al que volaba en espíritu. Ansiaba restaurar allí su devoción, sin hacer demostraciones ni ruidos, para que no se disgustase Julia, á la que creía poco devota de su santuario.

Miss Mary se despidió sin descender hasta el estribo del coche, bajo el pretexto de reuma en las rodillas. Leíase en su cara la cólera y el despecho. Saludó á todos, dando también á Julia un medio adiós lo más friamente que supo, y diciendo en su corazón:—Si no volvieses más, no sería yo quien te llorase.

Así partían.

XIII.

FRÉJUS

Clara escondía su cabeza en el regazo de su madre, siguiendo abrazada estrechamente con ella. Clemencia calmaba de modo semejante las palpitaciones de su corazón en los brazos de Julia. Habían entrado casi en el *túnel* entre Modáne y Bordonechia. ¡Pensar que dentro de las oscuras vísceras del monte quedaban por recorrer doce mil metros! Tanto Julia como la señora Needle habían procurado prevenir á las criaturas contra las opresiones del miedo; en toda la subida por la extensión del valle del Arco habían encarecido incesantemente la hermosura, la alegría y las ven-

tajas de atravesar de parte á parte las horribles barreras de los Alpes con fácil y breve pasaje. A pesar de todo, aquella profunda obscuridad y aquel entumecimiento por el frío agudo, que sucedieron de repente á la dulce luz de un cielo apacible y sereno, llenaron á las angelitas de insuperable abatimiento.

—Pero ¿qué temes? iba Julia repitiendo á la más jovencita; alza los ojos y mira el farol que brilla sobre nuestra cabeza.—Clemencia sólo sabía contestar:—Tengo miedo.—Como Clara por fin había dado entrada á la razón, comenzado á mirar á su alrededor, si bien llena de recelo, mistress Needle tomó cariñosamente por la cabeza á la otra, que aun no se tranquilizaba, dirigióla hacia sí un poco, y le dió un beso en el carrillo. Encontrándose la niña frente á frente de su madre, y viendo que, tanto Julia como los demás la tranquilizaban, cobró aliento y seguridad. Dejó que le quitaran los chales con que la envolvieron de cualquier modo al entrar en el subterráneo, porque la estación, que parecía de primavera, saltaba luego de súbito al estío y á la sofocación propia de la canícula. Unos querían bajar los cristales, y otros querían alzarlos. Julia sostenía que

daba lo mismo lo uno que lo otro, porque la corriente impetuosa que descendía de la boca italiana hacia la francesa, desvanecía incontinenti el humo de la locomotora: luego se vió que tenía razón.

Entre tanto, para impedir cualquier pensamiento triste, discurría largamente y en alta voz sobre los particulares de aquella empresa de gigantes; hablaba del plan concebido por mentes poderosas, que llevaron á término la perforación; de las terribles máquinas para barrenar con sus bocas llenas de escoplo, con las cuales mordían la dura roca, lanzadas con vapor en medio de las hondas vorágines; de los tubos de aire vital que llegaban al fondo de aquella tumba con el fin de alimentar la respiración de los trabajadores de las minas que se cargaban; de la circunstancia de retirarse los mineros detrás de las defensas volantes; de cómo estallarían abriéndose y arruinándose las entrañas de los Alpes, siendo pronto en cien carros recogidas y llevadas afuera. En tanto que centenares de hombres robustos empujarían para nuevos asaltos los afustes de las máquinas horadoras, un poco aliviadas del primer trabajo, otras cuadrillas, bajo la dirección de ingenieros y capataces medi-

rían el vacío conseguido, haciendo en él las combas, murando en estas de una y otra parte las piedras cortadas, y construyendo después una bóveda fortísima y alta, sin que con tantas obras propias de ingenieros que se sucedían, alternando y mezclándose con los trabajos materiales, ocurriese desorden por aglomeración de personas, ni estorbo para el regular y solemne avance de la conquista subterránea.

Había Julia estudiado también las relaciones de los sabios sobre la interna geología de Fréjus, y los cálculos de las masas increíbles de materiales extraídos de las excavaciones, ó empleados en la construcción de la gran obra. Placiale luego reducir estas masas geométricamente á no pequeñas montañas, ó á muros semejantes á la gran muralla de la China, ó á piedras regulares que fuesen de Londres á Roma. Hasta John se fijaba en tales problemas, y al parecer oía resolverlos con gran gusto. Mncho más ponía sus ojos en Julia, cuando iba enseñando las diversas rocas, por en medio de las cuales pasaban; con asombro oía que una joven le recordaba la nomenclatura mineralógica, que había oído desde los bancos de la escuela; los

suelos de esquistos calcáreos (1), moreuos por hallarse encajonados dentro de filones de antrácitos (2), así como los esquistos cuarziformes (3), arenosos y talcosos, que aquí ó allá redoblan, triplican ó cuadruplican los flancos del monte hasta el vivo macho interno, que surge más fuerte que el hierro, por ser de pura y durísima piedra silícea (4). Llegado á este punto el *tren*, mostraba Julia con el dedo desde las portezuelas las paredes próximas á los faroles, que presentaban escabrosidades de infinitos cristales en punta, claros ú opacos, mas siempre brillantes: parecía un viaje encantado, en medio de paredes incrustadas de diamantes.

Mientras fatigábase Julia por tener ocupada la mente de las niñas, á fin de que sus imaginaciones pueriles no quedasen dominadas por el miedo, un incidente hizo vanos sus afanes. El farol que resplandecía en el techo del coche de pronto lan-

(1) Roca formada de carbonato de cal y esquistos, cuyo color es vario. Se halla en los Alpes y en los Apeninos.

(2) Sustancia carbonosa que arde con dificultad y que generalmente no produce llama, humo ni olor, compuesta de carbono con algo de hidrógeno, y de una sustancia térrea, formada de alumina, cal silicea, y á veces de carburo de hierro.

(3) Que tienen la forma del cuarzo ó alguna de sus propiedades.

(4) Lo que es de pedernal ó pertenece á él
(Notas del traductor.)

guidece, vacila y muere. Cada pasajero deja escapar un grito involuntario, porque no sin alteración ve desaparecer aquella débil estrella, consoladora en el tenebroso camino. Es un suceso nada raro ni peligroso; mas no existe pecho tan armado de raciocinio que á mil seiscientos metros bajo tierra no se desaliente por un instante. Hiciéronse las muchachas superiores á su desventura un rato; mas pronto se volvieron á refugiar en Julia y en su madre, silenciosas y dominadas por su aflicción.

En el exterior era la noche profunda, é interrumpida sólo de vez en cuando por el brillo de los faroles de gas, diseminados á cien metros de distancia. Daban estos un momento cierta luz circular, que iluminaba el coche; mas luego volvían las tinieblas. Callábase, dando el silencio fuerza y alas á los extravíos de la fantasía. Grandes y pequeños seguían dudosos, fijándose mucho en cualquiera estrépito que rompiese la monotonía del sordo murmullo del *tren*. ¿De qué aprovechan las reflexiones cuando un terror pánico llena de pavor el corazón? Se sueña despierto. Cada novedad quita el brío, encoge la piel y hace que tiemblen las vísceras: el fragor de los coches que ruedan en el sitio cerrado, con-

fundiéndose con el estruendo continuo de la gruta, parecè un sonido amenazador; á cada hilo de agua que cae sobre la vía se piensa en torrentes y en ríos cuyas simas tragan; el silbido de la locomotora tó-mase por un silbido de serpientes, y el respirar de las válvulas por un gemido de monstruos ó de fantasmas que salen de los ciegos báratros circunstantes. ¡Ay si el *tren* disminuyese su carrera un poco! ¡Ay sobre ay si se para! ¿Qué ha sido? ¿Se ha echado á perder la máquina? ¿Se ha desmoronado la bóveda? ¿Está interrumpido el pasaje? ¿Se ha incendiado un *wagón*? ¿Qué catástrofe tenemos encima? ¡Oh Dios! ¿Quién nos socorrerá en este abismo y en las entrañas de la tierra?

No es nada; una distracción del *fogonista*, una precaución del conductor, que se preocupó de un obstáculo insignificante, y que ahora, desvanecida su aprensión, empuja muy animoso la máquina sobre su vía.

Así es que tanto para las personas de imaginación pintoresca como para los que conversan en los coches, brilla deseada y alegre la primera luz de la desembocadura. A nuestros viajeros anuncióla John, que, apoyado en la ventanilla, la esperaba. Decirle y aparecer los primeros rayos á de-

recha é izquierda del coche, fué cosa de un momento; todos volvieron á respirar, se alegraron y salieron de angustias, como si se tratase de gente que, oprimida por un grave peso, vese libre al fin, alienta y bebe á grandes sorbos el aura de la respiración. John había meditado los versos de Virgilio sobre las *tenarie fauci* y sobre los *profondi aditi* de Plutón; había bautizado algunos trabajadores que, arremangados y con un gran sombrero de hule, trabajaban en ciertos puntos, con los nombres de *Bronte*, *Sterope* y *Piracmone*, de los miembros desnudos; ahora disponíase á saludar la Italia, que no había visto aún nunca, con el *Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus, Magna virúm*. Quería él acreditar-se con Julia, para no pasar del todo por grosero é insensible ante las bellezas de la naturaleza. Mas se ahogó en su boca su admiración por el imprevisto espectáculo que presentaba el primer cielo italiano que veía. Observaba sólo una niebla fija, que podía cortarse con el cuchillo, ahogando todos los alrededores y el valle que había debajo. En medio de ellos descubría con estupor las cercanías coronadas de nieve, sin pensar que se hallaba más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar; los

pinos, los alerces, los abetos y los abedules que sucesivamente hallaban al descender, parecían gemir bajo el acumulado y blanquisimo peso que oprimía sus ramas seculares.

—¿Mas dónde esta Bardonecchia, que veo en los mapas á la salida del túnel? preguntaba mistress Needle.

Su hijo, que mirando estaba, contestó: —Allí abajo está en el valle: veo algo semejante á la torre de un castillo que navega entre las nubes. Debemos sestar encima del Olimpo, porque las tempestades se forman bajo nuestros piés.

Mistress Needle se alegró al ver que daba señales de vida, y que los labios de su primogénito, mudos generalmente, proferían algunas palabras; lo consideró feliz augurio. En la estación de Bardonecchia se detuvieron un poco, y bajaron nuestros personajes. Ansiosa Julia de secundar el buen humor de John, se le acercó juntamente con sus hermanas, y provocólo de gentil manera para que cambiase algunas palabras: —¡Qué progreso, señor John! En otros siglos, en que se obstinaba en bajar por estas montañas en el invierno, se debía meter en una piel de toro embutida en lana, y hacerse *descolgar por las rocas*, co-

mo dicen aquí, ó sea descender, por medio de cuerdas, con el auxilio de estos habitantes de los Alpes, que, dedicados al arte de ir sobre los hielos, y herrados sus pies como si fueran mulos, caminan diestramente sobre aquellos como sobre una era trillada.

—;Gran progreso en verdad! respondió John; sin embargo, no me hace la Italia el recibimiento que aguardaba: frío, nieve y horror por todas partes, como si de Parque verde nos dirigiéramos á la Escocia.

—Poco á poco, señor: más abajo está la Italia, y espero que la encontrareis hospitalaria todavía, á pesar de hallarse avanzado el otoño. Vamos: cualquiera cosa yo apostaría á que pensábais con amor en el *Hic ver assiduum, atque alienis mensibus aestas*: ¿no es verdad?

—Precisamente, precisamente; contestó John maravillado; habeis leído en mi pensamiento.

Entonces pareció electrizarse. Habían tocado su parte sensible: los clásicos eran la única cosa del mundo en que John parecía libre de la hipocondría. Volvió á subir al coche con el semblante más alegre que de costumbre, y mostróse con los suyos más sociable. Volvió la joven á poner

en movimiento su conversación encantadora. Cada uno pendía de sus labios, á excepción de la señora, que absorta parecía en un gran pensamiento. Mistress Ana, en vez de buscar ávidamente, según costumbre, las vistas variadas de los alrededores parecía preocupada sólo de sus mapas geográficos. Sacábalos de sus fundas uno tras otro, extendíalos á la luz de los cristales y minuciosamente los examinaba, poniendo encima el dedo índice y el del corazón; pasaba de los mapas á las guías, que con visible ansiedad consultaba, y tornaba de las guías á los mapas.

Julia, por fin, se puso á su lado, y con gracia:—Señora, le dijo, ¿habeis hallado lo que deseábais?

—Tú no lo debes saber, Julia mía, respondió la Needle con una sonrisa. Busco una cosa que acaso no te gustaría si la supieses.

—¿Qué decís? Nada de lo que os interesa es indiferente para mí.

—Pues bien, dijo la señora; busco las aldeas famosas de los Valles valdenses.

Respondió Julia, sin que se demudara su semblante:—Allí están. Los atravesamos: Sepáranos de ellos esta cordillera de mon-

tes altos que los cierra á la derecha. Desde allí corre el vallado del Chisone. Fenestrelle (Julia lo indicaba con el dedo en el mapa) es el primer lugar importante; más abajo Pinerolo, y á Levante, entre estos montes, Lucerna, Torre, Angroña, y así sucesivamente todo el país valdense.

—¡Ah! ¡Si hubiese un camino de hierro, exclamó mistress Needle, que nos condujese allí en derecha, sin este codo inmenso de Turín!

XIV.

CHÁCHARAS PARA EVITAR CHÁCHARAS.

Habiendo Julia oído aquella exclamación de mistress Ana en pró de los infelices cantones heréticos de Italia, auguró en su interior mal para sí: á lo ménos dos ó tres días de tribulación. Resignóse, sin embargo, procurando que la conversación versase sobre asuntos alegres, temiendo no poco que la señora entrara en cualquier discurso ascético relativo á los valdenses. Mientras cada uno ponía sus ojos en los peñascos es-

cabrosos y tristes dentro de los que vuela el *tren*, indicaba la joven el *Rocciamelone*, el *Col de la Rota* y el Cenis, cuyas cumbreras se desvanecían envueltas en las turbadas, y ateridas por los hielos perennes. Hablando iba á las pequeñas, sentadas delante de ella, de los corzos de los Alpes, que llaman gamuzas, y son del mismo género á que pertenecen los antílopes (1) africanos.—Son, exclamaba, las más lindas bestias que puedan verse, á pesar de haber nacido y de nutrirse sobre estas asperísimas rocas que se pierden en las nubes. Os parecerían trabajadas con el torno; tan lustrosas son, ágiles y ligeras: hasta su barba es lisa, y tienen lisos también los cuernos. Son mansos sobre todo encarecimiento si se saben domesticar, y de muy benigna mirada; sin embargo de huir en su estado natural, del hombre, como de su mayor enemigo.

—¡Quisiera verlas! dijeron casi á un tiempo las niñas.

—¡Imposible! respondió Julia, porque reunidas bajan muy temprano en busca de alimento; después de mediodía se recogen

[1] Género de mamíferos caracterizado por sus cuernos huecos, generalmente redondos.